

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

565

NORMA SHEARER

PROPAGANDA

25
cts

ROD LA ROCQUE

SEAMOS ALEGRES



LEONARD, Norman Z

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Francisco - Mario Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO X BARCELONA N.º 565

"Let Us Be Gay, 1930

Seamos alegres

Preciosa comedia, de deliciosa moraleja,
exquisitamente interpretada por Norma
Shearer, secundada por Marie Dresser,
Rod La Rocque y otros notables artistas.



Es un film de la famosa marca
METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER
Iberica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ANDRÉS PERELLÓ DE SEGUROLA

Seamos alegres

Argumento de la película

I

Los gritos de los niños despertaron a Kitty. Se levantó inmediatamente, extremando los cuidados para no despertar a su marido, que dormía en la cama contigua.

Reprendió dulcemente a sus hijitas para que dejaran dormir a papá, y volvió a la habitación.

Se había echado encima del recio camisón un salto de cama que no era una prenda de lujo, ni mucho menos. Recogido el pelo con múltiples lacitos y con los lentes puestos, ofrecía un aspecto bastante desagradable, desde el punto de vista estético, y, desde luego, puramente exterior.

Así como la generalidad de las mujeres suelen representar una edad inferior en diez años a la que realmente tienen, a Kitty le pasaba todo lo contrario. Este caso excepcional se da en más de una mujer casada, que son modelos de esposas, de madres y de amas de casa, pero que en cuanto a los cuidados de la propia persona no se parecen en nada a una modelo.

Kitty, toda inocencia y generosidad, consideraba que, una vez casada y con hijos, sus deberes estaban muy por encima de los cuidados de tocador, y le habría parecido una profanación a su condición de esposa y de madre ocuparse de semejantes frivolidades cuando tan altos deberes la reclamaban al lado de su esposo y sus hijos.

Ni siquiera tuvo tiempo de ponerse las medias. El marido se había despertado.

—¿Qué pasa, Kitty? Tendré que desistir de dormir.

Ella, apresuradamente, se volvió a poner las zapatillas, y se acercó solícita a la cama del esposo.

—¡Oh, Bob! Siento que te hayan despertado. Son esos diablillos que hoy se han levantado la mar de revoltosos.

—¡Bueno, mujer! ¡Qué vamos a hacerle!

—Ahora te respondo de que callarán. ¿Quieres probar a dormir otro ratito?

—No, ya no podría. Anda, prepárame el desayuno.

—En seguida.

Echó a correr hacia la puerta, pero Bob la detuvo.

—Oye, ¿han traído ya los periódicos?

—Sí. Aquí los tenía preparados para cuando despertaras.

Le llevó a la cama los periódicos y le puso un cojín sobre las almohadas para que pudiera leer cómodamente.

Otra vez intentó marcharse y otra vez la detuvo Bob para pedirle el tabaco.

Kitty cargó la pipa, se la puso en la boca y le aplicó una cerilla encendida.

Después se fué canturreando una cancioncilla en la que cada verso empezaba con las palabras "te quiero".

Preparó el desayuno en un santiamén, ayudada por el ama, en la que Kitty pudo advertir una expresión de disgusto.

—¿Estás enfadada? —le preguntó Kitty sin darle importancia.

—No, señora. Es que... no puedo soportar a las personas que toman el desayuno en la cama.

—Vaya unas preocupaciones... Anda, ve a echar una mirada a los niños.

Y el ama se fué refunfuñando.

* * *

Habían acordado que Kitty iría con él para verle jugar al golf y aun no se había puesto Kitty las medias cuando ya estaba Bob dispuesto para salir.

El la reprendió cariñosamente:

—Pero ¿todavía estás así? Cuando lleguemos habrá acabado ya la partida.

—Estoy lista en cinco minutos. Verás.

Y Kitty echó a correr hacia el dormitorio.

Sonó entonces el timbre del teléfono. Bob acudió apresuradamente a la llamada. Apenas se aplicó el auricular al oído, se le vió cambiar de expresión.

—Pero ¿no te he dicho que no quiero que me telefonees a mi casa?... Estás loca, Helen... Calla, calla. No digas disparates... Esta mañana, imposible... Adiós.

Y colgó el auricular.

En seguida reapareció Kitty en el gabinete y Bob, al mirarla, comprendió su rapidez de transformista. Llevaba un vestido que el marido calificó en su pensamiento de "deplorable".

—Pero ¿de dónde has sacado eso? —le preguntó mirándola de arriba abajo.

—¿El qué?

—Ese vestido.

—Me lo he hecho yo misma. ¿Está mal?

—No es que esté mal, querida, pero, vamos, podía estar mejor. Creo que, con lo que ganó, podrías vestirte en casa de algún buen modisto.

Ella se puso repentinamente seria y contestó con un gesto de angustia:

—Oh, Bob! ¿Te avergüenza que te vean conmigo?

—No digas tonterías. ¿Cómo puede aver-

gonzarme que me vean al lado de mi querida Kitty?

Bastaron estas palabras para que la sonrisa volviera a los labios de la esposa.

—¿Quieres que me arregle un poco el pelo a ver si así estoy más guapa? Iba a marcharme así por no hacerte esperar.

—¡Vaya si quiero!

Y salió del gabinete.

En este momento el ama se acercaba a él y mirándole duramente le dijo en voz baja.

—Le espera una señorita en el recibimiento.

—¿A mí? —inquirió Bob con viva inquietud.

—¡A usted!

Y con un gesto despectivo, el ama le volvió la espalda.

Bob se dirigió al vestíbulo y, al ver a la visitante, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Pero, Helen! ¿Cómo te has atrevido?

Era una de esas bellezas provocativas que parecen nacidas para destruir hogares.

Iba muy elegante y sonreía con cinismo.

—Esto ha terminado, Bob. Tú me quieres y yo te quiero. ¿Por qué nos hemos de ocultar de nadie? No, hijo, no. Quien no quiera ver, que se tape los ojos.

Y, como complaciéndose en confundirlo, se levantó y le echó los brazos al cuello.

El intentó desprenderse de la peligrosa cadena, pero no llegó a tiempo. Kitty había entrado en el vestíbulo y se detuvo, entre sorprendida y avergonzada.

Bob, sobrecojido, dió un paso atrás y bajó la

cabeza. Helen, en cambio, se encaró con Kitty, sonriendo cínicamente.

—No me pesa que nos haya sorprendido usted, señora. Más tarde o más temprano tenía usted que saberlo.

Abrumada de indignación y de vergüenza, Kitty echó a correr hacia el gabinete, donde Bob la encontró llorando.

Trató de explicarle, pero ella no aceptó explicación ninguna.

—Ahora comprendo que no me has amado nunca. A lo sumo me has tenido lástima. Hemos terminado para siempre.

El recurrió al argumento de los hijos, pero ella, conteniendo valientemente los sollozos, contestó:

—Los niños se vendrán conmigo. Lo demás ya lo decidirá el juez.

Y había en sus palabras algo heroico e inexorable que hizo a Bob desistir de prolongar las súplicas.

II

La señora de Bouccicalett era famosa, por su mal genio, en toda la comarca. Sin embargo, sus amistades aumentaban de día en día, debido, especialmente, a que daba magníficas fiestas en su casa de campo.

Ahora se preparaba en la quinta uno de aquellos espléndidos fines de semana y los criados andaban de cabeza.

Comentando estaban dos de ellos lo que en aquella casa tenían que aguantar, cuando apareció la dueña de la casa apoyándose en su bastón.

—¿Ya estáis murmurando?

—No, señora. Es que preguntaba a Juana si sabía qué cuarto se había destinado a la señora Court Mac Brown.

—Lo he dicho cien veces: el azul.

El criado se inclinó para marcharse, pero la señora le detuvo.

—¿Quién te ha dicho que te vayas?

—Señora, es que...

—¡Basta! Mirad eso y decidme si no es para hacer polvo al director de este indecente papelecho.

Les entregó una revista abierta por una página en que aparecía una caricatura de ella.

El criado tuvo que hacer un gran esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas, pues era lo cierto que la caricatura estaba admirable de intención y de parecido.

—¡Decidme, decidme en qué me parezco yo a ese mochuelo con gafas que han pintado ahí!

Apenas había cogido Juana el periódico, la señora se lo arrebató de un zarpazo.

—¡Bueno! ¡A vuestras faenas! Y cuidado con que os vuelva a pescar murmurando.

—Señora...

—¡Silencio! Y a ver si llega la señora Court Mac Brown y no está su habitación preparada.

—Descuide la señora. El cuarto azul estará dispuesto para recibir a su huésped dentro de cinco minutos.

—¿El azul? ¿Y quién eres tú para tomar iniciativas? Prepara el rosa.

—La señora acaba de decir que...

—¡El rosa! ¡Y basta de murgas!

Tomó la labor de ganchillo con el propósito de terminar un jersey que estaba haciendo para su nieta, pero su nerviosismo le impedía hacer nada a derechas y tuvo que dejarlo después de armar un enredo de padre y muy señor mío.

Llegaron entonces hasta ella su nieta Diana y Bob. Iban los dos en ropa de baño y Diana parecía tan absorta en su charla con Bob, que estuvo a punto de pasar sin saludar a su abuela.

Bob no había dicho que estaba divorciado, pero no por eso dejaba de considerarlo la atrabilaria señora peligroso para su nieta, por la aureola de donjuán que tenía.

Y como no tenía pelos en la lengua, no reparó en que Bob estaba delante para decir:

—No me gusta nada tu proceder, Diana. ¿Olvidas tu compromiso con Buce?

—¡Oh, abuela! ¡Buce no sabe nadar! ¡Bob, en cambio, es tan alto y tan fuerte!

—Y tan... tarantán.

—Señora—se disculpó Bob—, siento contra-

riarla, pero su nieta me ha suplicado que la enseñe a nadar y...

—Eso explíquese a Buce, que es su novio.

—¡Por Dios, abuelita! ¡Vaya un modo de tratar a los huéspedes!... Menos mal que todos estamos acostumbrados a tu genio.

Y, cogiendo la mano de Bob, tiró de ella y salieron al jardín, donde emprendieron veloz carrera en dirección al lago.

Por el camino saludaron alegremente a una pareja que paseaba lentamente.

Era un matrimonio en el que parecía haberse entablado una lucha de cursilería. Ella, Magde de Livingston, media cerca de dos metros y estaba bastante seca. El, Harry Grainger, era un hombre como los demás, sólo que con pujos de poeta y con cara de tonto.

Magde se detuvo junto a un banco.

—Vamos a sentarnos aquí, querido. ¿Quieres correrlo un poco hacia afuera?

Harry tiró desesperadamente del pesado banco sin lograr moverlo y no siguió tirando porque Magde dijo:

—¡Ya está bien, hombre! A ver si vas a plantarlo en medio del jardín.

Se sentó.

—Ahora haz el favor de abrir la sombrilla—dijo entregándosela.

El la abrió y se la devolvió.

—Puedes continuar — concedió entonces Magde.

Y Harry, sentándose, siguió recitando sus últimos poemas.

Les interrumpió la llegada de Buce.

—¿Han visto ustedes a Diana?—preguntó.

—Sí. Ahora mismo nos hemos cruzado con ella—repuso Magde con una sonrisa que pinchaba. Iba muy entusiasmada con Bob.

Buce apretó los puños y se fué.

Entretanto, la señora de Bouccicalett había recibido el anuncio de que llegaba la señora Court Mac Brown.

La visita debía de interesarle mucho, porque su terrible rostro tuvo un movimiento de alegría.

—Condúcuela aquí inmediatamente—dijo al criado.

Y en seguida apareció por la puerta del jardín la señora Court Mac Brown, que no era otra que Kitty.

Pero no la Kitty de antes, sino otra completamente distinta.

Sus veinticinco años lucían ahora plenamente en aquel talle esbelto, en aquellos movimientos de una exquisitez inimitable, en aquel rostro de trazos delicadísimos y tez fresca, cuyo tono oscilaba entre el nácar y el rosa.

El arte del mejor modisto había encontrado en la delicada estatua de aquel cuerpo, materia para lucirse y Kitty era un ejemplo de elegancia.

—¡Querida Bouci!—exclamó corriendo a abrazar a su vieja amiga.

—¡Hola, Kitty! ¡Cuánto te agradezco que hayas venido!

—¿Me necesitas para algo?

—Te necesito como necesita el náufrago un salvavidas.

—Pues tú dirás, Bouci.

—Primero quiero saber de ti. Hace más de dos meses que no nos vemos. Desde el día de mi cumpleaños. ¿Ha habido algún cambio en tu vida en este tiempo?

—¿Un cambio? ¿En qué sentido?

—En el sentimental. ¿Piensas volver a casarte?

—¡Jamás! —replicó Kitty con un gesto de horror—. Ahora sólo pienso en divertirme. He quedado demasiado escarmentada para reincidir.

—¡Bravo!

—¿Por qué, Bouci?

—Porque necesito que conquistes a un don juán que se ha metido en esta casa no sé cómo.

—¿Que lo conquiste? ¿Para qué?

—Para que deje en paz a Diana, que está pirrada por él y no hace el menor caso a Buce. Buce es un buen chico y le conviene. Ese otro, en cambio, representa para ella un grave peligro.

—Todo eso está muy bien, Bouci, pero no puedo comprometerme. No sirvo para hacer co-medias.

—Si quieres demostrarme que tu amistad es sincera, hazme este favor, Kitty.

Y tanto insistió y suplicó, que Kitty le prometió hacer todo cuanto estuviera en su mano para complacerla.

III

La primera víctima fué Look, sobrino de Bouci, recién llegado de Inglaterra, que interrumbió el interesante diálogo de Kitty y su vieja amiga.

Bouci hizo las presentaciones y a los dos minutos había quedado desplazada.

Fué inútil que advirtiera a Kitty, con su habitual franqueza, que no era aquél el tenorio. Look no estaba dispuesto a dejarla y ella había adoptado el sistema de no negar a nadie el encanto perturbador de sus coqueterías.

De pronto, apareció Magde, seguida de su fiel Harry, al que pidió un vaso de agua, que el marido se apresuró a ir a buscar.

Y como en este momento llegara Bob, le suplicó le buscara un cojín para el respaldo del sillón que iba a ocupar.

Bob, que la conocía muy bien a pesar de que sólo la trataba desde hacia veinticuatro horas, fué en busca de dos cojines y sés los mostró, preguntándole:

—¿Lo quiere usted blanco o negro?

Diana rió la ocurrencia y Magde se apoderó con un gesto de enfado del cojín negro.

Volvió Harry con el vaso de agua, pero a

Magde se le había pasado ya la sed y se lo tuvo que llevar.

Bob contemplaba con curiosidad el talle de Kitty, que en aquel momento se hallaba de espaldas, charlando aparte con Look.

“Sin duda—se decía Bob—es una nueva invitada, pues es la primera vez que veo ese talle maravilloso”.

—¿Qué le parece la señora de Court Mac Brown?—le preguntó Bouci, guiñándole un ojo y en voz baja.

—Por la espalda, no se puede pedir más, señora.

—Pues ahora la verá usted de frente.

La llamó y Kitty se acercó al grupo. Al encontrarse frente a frente con Bob, ninguno de los dos pudo reprimir un gesto de sorpresa, que en Bob fué mucho más profundo al advertir la transformación que Kitty había experimentado.

—¿Acaso se conocían ustedes?—preguntó Bouci.

—No—se apresuró a responder Kitty—. Es que este señor se parece extraordinariamente a un buen amigo mío.

—Es Bob Brown—dijo Bouci.

—Lo mismo me ha sucedido a mí con usted—dijo Bob mientras le tendía la mano—. La he confundido con otra... joven que fué para mí una amiga fraternal.

Y Bouci volvió a intervenir:

—Es la señora Court Mac Brown.

—Court?—no pudo menos de preguntar Bob con extrañeza.

—Sí, Court—explicó Kitty alegremente—. Es mi apellido de soltera, que volví a usar desde que me separé de mi marido.

—¡Ah!

Bouci sonrió satisfecha al ver la impresión que mutuamente se habían producido; y al advertir que Harry estaba encandilado mirando a Kitty, presentó a ésta al poemático matrimonio.

Inmediatamente quedó entablada una conversación general en la que Kitty llevaba la voz cantante y de la que resultó Harry la víctima al llamarle Kitty “mister Livingston”, que era el apellido de su señora.

—Mi apellido es Grainger—corrigió vivamente el poeta.

—Pues nadie lo diría—repuso Kitty, sin alterarse.

—Harry Grainger, querida—explicó Bouci—. Nuestro poeta.

—Poeta? — exclamó Kitty—. ¡Oh, cuánto siento haberle disgustado! Adoro la poesía, mister Grainger. De modo que tiene usted en mí una ferviente adoradora.

La que ahora se enfadó, al ver el arrobamiento con que Harry recibía aquellas palabras, fué Magde, la cual se apresuró a arrojar el pañuelo para suplicar a Harry se lo cogiera.

Pero, por primera vez, Harry no obedeció a su mujercita inmediatamente.

IV

Durante la cena Kitty tuvo que multiplicarse para atenderlos a todos.

Look, que había heredado de su tía la franqueza, era el que obtenía la mejor parte, porque se la tomaba tranquilamente.

Diana, trémula de celos al ver que Bob sólo tenía ojos para Kitty, decidió poner término a su martirio por el procedimiento infalible del exceso de bebida.

Repetió de todos los vinos y si su abuela le recomendaba prudencia, la increpaba.

Bouci comprendió que no era aquél el momento más oportuno para hacerse respetar. Sabía por experiencia, por experiencia ya remota, lo que eran los celos y prefirió dejar que Diana se desahogara en vez de exasperarla más.

Pero el que batía el record del encandilamiento era Harry. No daba bocado sin dedicar cuando menos un minuto a la contemplación de aquella beldad, ejemplo de vivacidad, de feminidad y de simpatía que había llevado a su alma un nuevo concepto de la vida.

Era inútil que Magde le moliera los pies a pisotones. Harry contemplaba a Kitty y lanzaba profundos suspiros.

En cuanto a Buce, se sentía celoso de Diana, como Diana de Bob, y el disgusto le impedía probar bocado.

Todas estas complicaciones, cuyo resultado era que Kitty no podía desarrollar su plan con posibilidades de éxito, habían puesto a Bouci de un humor de todos los demonios que se resolvía en gritos contra los criados y en miradas furibundas a Look, que seguía monopolizando las coqueterías de Kitty.

Después de la cena los comensales se dividieron en dos bandos, uno formado por Kitty, Look, Bob y Harry, y otro por los demás.

Magde se había sentado cerca del sillón que ocupaba Bouci y no encontró mejor modo de desahogar su indignación que arremeter contra Diana que llegó en aquel momento acompañada de Buce.

—Mujer—dijo con una sonrisa más afilada que una navaja de afeitar—¡gracias a Dios que te veo con tu pareja! Le has tenido todo el día abandonado.

Y Diana que, además de estar demasiado mimada por su abuela, había bebido demasiado aquella noche, replicó:

—Tú, en cambio, no te has separado de tu marido en toda la mañana y lo has perdido al mediodía para no recuperarlo en toda la tarde.

—Los poetas necesitan a veces estar solos.

—O con su musa. Y no me obligues a decir que la musa de tu marido es, en estos momentos, la señora Court Mac Brown.

Se echó a reír, mientras Magde se ponía en

pie de un salto y se dirigía a la terraza para refrescarse un poco, que buena falta le hacía.

Buce se llevó a Diana para evitar una cuestión personal y poco después aparecía Kitty por la puerta del comedor, seguida de Look y de Harry.

Bob, ciego de celos, salió al jardín con ánimo de perderse en las oscuras avenidas, pero no pudo alejarse de la puerta porque desde allí veía a Kitty.

Kitty estaba bellíssima. La alegría y el color de los vinos generosos habían encendido el rosa de sus mejillas.

Se sentó al piano y comenzó a tocar y a cantar. La canción era ligera y pegadiza y pronto se sumaron a la de ella las voces de Look y de Harry que también habían rendido el debido tributo a las bodegas secretas de la dueña de la casa.

Bouci, al ver que Bob no formaba parte del coro, intentó convencer a Kitty de que aquel ruido la molestaba, pero ni ella ni sus dos adoradores la hicieron el más mínimo caso.

Look tenía una voz sumamente desagradable y Harry tenía toda la cara de un clown cuando cantaba, pero ni aquél se oía ni éste se veía, de modo que el coro continuó, cada vez con más ímpetu, dirigido por Kitty, que daba las entradas y las salidas con la cabeza.

Bob se mordía los labios. Desde el jardín veía aquel rostro encendido como una amapola, aquellos dientes que brillaban como diamantes.

Y descargando un puñetazo sobre el barandal de la escalinata, exclamó:

—He sido un estúpido.

Y no pudo menos de acercarse a Kitty, que cesó de tocar el piano y que rehuyó, fingiendo una glacial indiferencia, la declaración de amor que él se disponía a hacerle formalmente.

* * *

El juego fué organizado por Bouci, que distribuyó a sus invitados en dos mesas. En una se sentó ella con Bob, Look y Kitty.

Pero no había medio de hacer que los jugadores prestaran atención a la partida. Look mostraba las cartas a Kitty para dejarse ganar y Bob estaba profundamente pensativo. En cuanto a Kitty, coqueteaba con Look como si fuera éste el que tenía que conquistar.

En la otra mesa la situación era más grave todavía. Diana no cesaba de beber y cada vez sus declaraciones eran más terriblemente sinceras.

Hasta que Magde se dió por ofendida ante una alusión demasiado cruda de Diana y aquello terminó como el rosario de la aurora.

Intervino Kitty que, en el fondo, era la culpable de todo, y sólo así se pudo evitar que Diana llegara a las manos con Magde.

Kitty la condujo al jardín.

Buce y Bob las siguieron.

—¡Oh, Kitty!—balbuceó la muchacha, que difícilmente podía mantenerse en pie—. ¡Qué pena tan grande tengo esta noche! Ni siquiera la embriaguez puede quitármela.

—Creo que Buce sabrá consolarte.

—¡No! ¡Que no venga Buce ahora!—y al ver a su novio añadió: Por favor, Buce, déjame. No sabría fingir esta noche.

Buce bajó la cabeza y se marchó.

Entonces Diana envolvió con sus brazos a Kitty.

—¡Kitty, querida mía, he de pedirte un favor muy grande... No me quites a Bob. Le amo. Estoy ciega por él. No me lo quites.

A través de la niebla de la embriaguez, sus ojos relampagueaban de pasión intensamente.

—¿Verdad que no me lo quitarás, Kitty?

Y al ver a Bob, se desprendió de los brazos de ella para abalanzarse sobre él.

—¡Bob! Te amo tanto que no me avergüenzo de decírtelo... ¿Verdad, Kitty, que cuando se ama así no hay por qué ocultarlo?

Kitty sonrió amargamente.

—Eso mismo creía yo, Diana, y sufri un enorme desengaño.

V

Ya se había puesto el elegante pijama de seda que ceñía y acariciaba las líneas delicadas de su cuerpo maravilloso, cuando le pareció que silbaban cerca de la puerta del jardín.

Abrió y vió a Look al pie de la escalinata.

—¿Qué hace usted por aquí a estas horas, amigo mío?

—Pensando en usted.

—¡Pues si que elige usted unas horas para las meditaciones!...

—Permítame que hablemos unos momentos. Tengo muchas cosas que decirle.

Antes de que Kitty le diera permiso para entrar ya estaba Look dentro.

Cerró las puertas, tendió hacia ella los brazos y le dijo con el mismo gesto que si se la quisiera comer:

—¡La adoro!

—Bueno, hombre! Pero no ponga usted esa cara, que me asusta.

—¡Oh, Kitty! ¡Si usted supiera!...

Pero, antes de que Kitty pudiera contestar, sonaron en la puerta unos golpes apremiantes.

Los dos se miraron con un gesto de estupor.

—Me ha comprometido usted—dijo ella en voz baja.

—Lo siento mucho—repuso él en el mismo tono—. Me esconderé, si le parece.

—Sí.

—¿Dónde?

—Allí.

Y le indicó la puerta del cuarto de baño.

Cuando Look se hubo escondido, Kitty abrió la puerta y se dió de manos a boca con Bob.

Le miró fríamente.

—¿Qué desea usted?

—¡Oh, Kitty! Perdona que te moleste. Necesito hablar contigo.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras había entrado en la habitación, cerrando la puerta tras él.

Ella retrocedía, pero se dejó alcanzar en seguida.

Bob la cogió de una mano.

—Kitty—murmuró con voz emocionada—. Perdóname. Estaba ciego.

Ella intentó rechazarlo, pero era lo cierto que aquellas palabras habían caído como gotas de fuego sobre su corazón.

Y, presa de un sentimiento indefinible, bajó los ojos que las lágrimas comenzaban a empañar.

—Kitty: volvamos a casarnos. Yo te juro que esta vez sabré amarte como mereces. Me has dado una lección que no olvidaré jamás.

Temblaba la voz de Bob. Y Kitty continuaba

sintiendo caer sobre su corazón como gotas de fuego las palabras de Bob.

—¡Calla, Bob, calla! ¡No puedo creerte!

—Sí que me crees, Kitty. Y te aseguro que no te arrepentirás.



—Perdóname. Estaba ciego.

Parecía inminente la reconciliación, cuando se oyó en el cuarto de baño un estornudo formidable.

Bob miró duramente a Kitty como si volviera a tener algún derecho sobre ella.

—¿Quién está contigo?—le preguntó ferozmente.

—Nadie.

—No mientas.

—Te digo que estoy sola.

Bob se dirigió al cuarto de baño, abrió la puerta y vió a Look sentado sobre la tina.

—¡Muy digno!—exclamó Bob, dirigiendo a Kitty una terrible mirada.

Pero ella había recobrado ya la actitud de alegre indiferencia que abandonara al oír las emocionadas palabras de Bob.

—Look es un buen amigo mío—dijo tranquilamente—. Y tiene el mismo derecho que tú a entrar aquí.

Bob, furioso, se dirigió a la puerta, la abrió y, antes de salir, lanzó a Kitty una última frase de censura.

Al volverse, recibió otra desagradable sorpresa. Allí estaba Harry, embobado, y mirando a Kitty con ojos de ensueño.

Ella rió alegramente.

—¡Hola, querido! ¡Pase usted!

—He venido—balbuceó Harry bastante azorado—a... a... a leerle unos versos que he escrito para usted.

—¿Unos versos? ¡Magnífico! ¿Oye usted, Bob? Quédese y sabrá lo que es inspiración.

—¡Detesto la poesía, señora Court Mac Brown!

Y desapareció escaleras abajo, dando furiosas pisadas.

Harry comenzó a leer los versos, enormemente largos y soporíferos. Sombras... luces... ensueños... ilusiones...

Y ya llevaban así lo menos un cuarto de hora

cuando Bouci, lanzando rugidos de desesperación, llamó a la puerta de la habitación de Kitty, desapareciendo de la misma, como alma que lleva el diablo, Look y Harry.



...y, antes de salir, dirigió a Kitty una última frase de censura.

—Pero ¿qué es eso, querida? ¡Sí que te has lucido!—exclamó la excéntrica señora Bouci al entrar.

—¿Yo?

—¡Sí, tú!

—¿Por qué?

—Porque Bob acaba de pedirme la mano de Diana y ella me ha amenazado con yo qué sé qué atrocidades si no se la concedo.

—No acepto esa responsabilidad — replicó Kitty—. Ya te dije que no servía para eso.

Y en aquel momento, a pesar de su indignación, vió Boucci que los ojos de Kitty se humedecían sospechosamente.



—¿Qué significa esto?

* * *

A la mañana siguiente, cuando Kitty se preparaba para marcharse, quedó estupefacta al ver entrar el ama con los niños.

Como hacía varios días que no habían visto

a su madre, los niños se abalanzaron sobre ella, lanzando gritos de alegría.

Después de abrazarlos y besarlos, Kitty se encaró con el ama.



—¡Perdóname!

—¿Por qué ha venido usted? ¿Quién le ha mandado traer a los niños?

—Me han dicho que viniera, señora. No vaya a creer que fué culpa mía.

—¿Le han dicho que viniera?

Y Kitty dirigió a la dueña de la casa una mirada acusadora, comprendiendo que ella, enterrada de todo, le había jugado aquella treta.

De pronto, oyó que los niños gritaban: "Pa-

pa! ¡Papá!", y los vió correr hacia Bob que en aquel momento entraba con Diana.

Bob, olvidándose de todo momentáneamente, los rodeó a cada uno con un brazo.



—Sí—repuso Kitty, vencida—; nuestros hijos.

Diana miraba a los niños como quien ve visiones.

—¿Qué significa esto?—preguntó a Kitty.
Y ella contestó:

—Bob lo explicará.

La explicación de Bob fué sencilla.

—Son mis hijos, Diana. Ella es mi esposa. Los amo y la amo. Es inútil que pretenda disimularlo.

Diana prorrumpió en sollozos de vergüenza y de amargura y huyó hasta encontrar los brazos de Buce que la detuvieron.

La prudente dueña de la casa se llevó a los hijos para dejar a solas a los padres y no pasó un segundo sin que Bob se hubiera acercado a Kitty para suplicarle:

—¡Perdóname! Ya ves que es imposible que pretendamos separarnos. Hay un lazo, más fuerte que nuestros propósitos y que nuestra propia vida, que nos une.

—Sí—repuso Kitty, vencida—: nuestros hijos...

—Y además, querida—añadió Bob con firmeza—, nuestro amor... este amor que ha creado vidas y que nos acompañará hasta la muerte.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones especiales

Esta semana:

La sensacional novela

Mar de fondo

por George O'Brien, Marion Lessing,
Mona Maris, Walter C. Kelly, etcétera

En breve:

La fruta amarga

Creación de JUAN DE LANDA

Asunto hablado en español

Precio: 1 peseta

El éxito editorial del año lo ha constituido la edición a todo lujo de la novela y la historia, con 16 ilustraciones, de la película «milagro» de la

METRO-GOLDWYN-MAYER

TRADER HORN

(La novela y el diario de viaje del director W. S. VAN DYKE

Portada a todo color · 240 páginas de texto.
16 páginas de papel couché con otras
tantas fotografías

De venta en los buenos quioscos
y en todas las librerías de España

Precio: 5 pesetas

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda.
27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peltigeros · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia.
51. ¡Qué hombre tan guapo! · 52. Bataclán · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reportero del diablo.
56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelkoef · 62. Oro y sangre.
63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana · 69. La casa de la flecha · 70. Es defensor · 71. Jóvenes pecadores · 72. Esposas de médicos · 73. Su hombre · 74. ¡Vaya mujeres! · 75. Todo por el aire · 76. Flor de pasión · 77. Por un par de pijamas.
78. Pobre tenorio · 79. Música de besos · 80. El otro yo.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Las mejores novelas de cine las publica

Ediciones BISTAGNE

Recuerde y pida siempre estos títulos:

La Novela Semanal Cinematográfica moderna

Aparece los miércoles Precio: 25 cts.

El Film Ruso

Novedad Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece los sábados Precio: 30 cts.

Éxitos Cinematográficos

Lo mejor Precio: 50 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica extraordinaria

Aparece el último sábado de cada mes
Precio: 50 cts.

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

Precio: 1 peseta